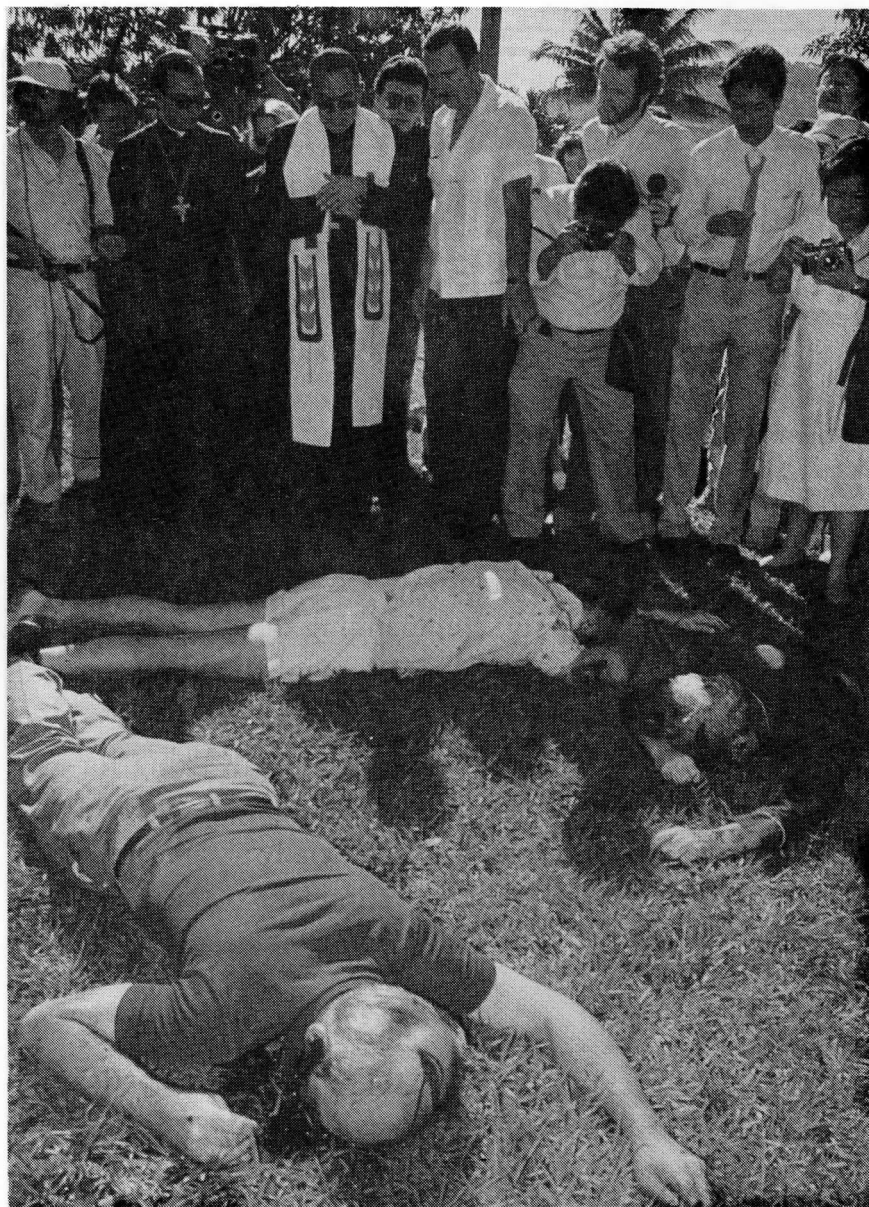


Encuentro con los mártires de San Salvador



Monseñor Rivera y Damas en oración ante los cadáveres de los sacerdotes jesuitas asesinados la madrugada del 16 de noviembre de 1989, en la residencia de la UCA de San Salvador. En primer plano, el P. Ignacio Martín-Baró. A su izquierda, el P. Ignacio Ellacuría. A sus pies, el P. Segundo Montes. (Foto Patrick Chauvel-SYGMA).

Nuestra revista *Encuentro* dedica este número a la memoria de los seis jesuitas asesinados en la UCA de San Salvador, juntamente con dos empleadas domésticas, el día 16 de diciembre de 1989. Este hecho llenó de estupor a quienes conocieron de cerca a los asesinados, su trabajo y su profunda dedicación al servicio del pueblo salvadoreño. Si el asesinato de Monseñor Romero y el asesinato de religiosas y sacerdotes (Rutilio Grande, Ita Ford, Maura Clark, Dorothy Kazel, Jean Donovan, Carlos Pérez Alonso, Octavio Ortiz, entre otros...) forman parte de un "magnicidio" al que, en cierta forma, pareciera nos vamos acostumbrando, la sevicia del caso de nuestros hermanos jesuitas y las empleadas domésticas supera cualquier crueldad imaginable.

El hecho se produjo cuando ya se había iniciado el ataque generalizado del FMLN sobre San Salvador, cuando un estricto toque de queda controlaba el país y ya el campus de la UCA, en el que vivían los jesuitas, estaba bajo control militar. Es importante tener en cuenta estos datos para entender el hecho de manera adecuada.

La UCA de Managua, hermana gemela, aunque un tanto venida a menos, de la UCA de San Salvador, no puede callar. Y, aunque ha hablado sobre el triste hecho en varias ocasiones, quiere repetir, una vez más y de manera oficial, su palabra de condena. Y quiere demostrar, con cariño y ardor, su hermandad con la otra UCA.

En Centroamérica, durante los últimos 25 años, las fuerzas de la derecha han desatado una cacería humana en contra de la Universidad, en contra de la inteligencia. La Universidad de San Carlos, en Guatemala, o la Universidad de El Salvador, en San Salvador, han sido las víctimas más señaladas de esta cacería. Pero hasta ahora nunca había ocurrido que se decapitara a una universidad, al matar a casi toda su dirección: el rector, un vicerrector y cuatro directores de institutos y departamentos muy vitales de la UCA de San Salvador.

En vida de las personas normalmente hablamos de sus defectos; después de la muerte comienzan los panegíricos. En este caso, sin ningún afán panegírico, teniendo en cuenta los defectos y limitaciones de los jesuitas (a las dos mujeres no las conocí como para opinar con fundamento), hay que decir que se trataba de un equipo extraordinario por sus cualidades personales, sus cualificaciones académicas y, principalmente, por su pasión cristiana de servir al pueblo salvadoreño y centroamericano, a la causa de la paz basada en la justicia. Era un grupo de personas (de cuadros, diríamos en lenguaje político) que habían tomado con la seriedad debida lo que es hoy la misión de la Compañía de Jesús: "Comprometerse, bajo el estandarte de la cruz, en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige" (C.G.XXXII).

Ese compromiso los llevó a la muerte. Sin pretender canonizaciones prematuras, podemos esperar que un día serán públicamente declarados por la Iglesia -como lo hace ya el pueblo cristiano de Centroamérica- "mártires de la fe y la justicia", "los jesuitas mártires de San Salvador", "Ignacio y compañeros mártires"... Cristianamente

hablando, hay que decir: "merecieron la palma, la gracia, del martirio".

En esa "lucha crucial de nuestro tiempo", el capital, el dinero y el ejército han reaccionado con una violencia represiva tan brutal que no duda ante la tortura y el asesinato. Las balas asesinas fueron fabricadas en los Estados Unidos, como otras muchas que han segado la vida de tantos centroamericanos durante estos años.

Nuestra universidad se duele con la UCA de San Salvador y lamenta la muerte de universitarios tan cualificados; uno de ellos, el padre Amando López, ex-rector de esta UCA. Al mismo tiempo, en esa sangre derramada encuentra inspiración para seguir adelante, luchando, con fe, con esperanza y con amor, por una Centroamérica convertida no en campo de batalla sino en terreno fértil para la paz construida en justicia.

La sangre derramada de nuestros seis hermanos y de las dos empleadas se convierte en clamor de los desposeídos de la tierra. Los jesuitas murieron luchando por una paz en justicia, asunto en el que juega un papel decisivo la postura del gobierno de los Estados Unidos. Ojalá esta sangre derramada lleve al ejército salvadoreño a dialogar y negociar.

Al escribir estas líneas, el presidente Cristiani anuncia, sin dar nombres, que miembros de las fuerzas armadas salvadoreñas están implicados en el cruel asesinato. Y, entonces, ¿continuará, se condicionará o cesará la ayuda militar de los Estados Unidos al gobierno de El Salvador?.

Nuestra Universidad Centroamericana considera el ejemplo de los jesuitas como un aliciente para continuar sirviendo en la docencia, la investigación, la promoción social y el esfuerzo por ser conciencia crítica de la sociedad.

César Jerez, S.J. Managua, 9 de Enero de 1990.